

F. VILLAESESA



BALADAS
DE
CETREIRA
Y OTROS
POEMAS

EDICIONES DE HERNÁNDEZ (Buenos Aires)



BALADAS DE CETRERÍA
Y OTROS POEMAS



Obras de Francisco Villaespesa.

POESÍA

Intimidades.—*Flores de almendro.*—*Luchas.*—*Confidencias.*—*La copa del rey de Thule.*—*La Musa enferma.*—*El alto de los bohemios.*—*Rapsodias.*—*Las canciones del camino.*—*Tristitia rerum.*—*Carmen.*—*El patio de los Arrayanes.*—*Viaje sentimental.*—*El mirador de Lindarara.*—*El libro de Job.*—*El jardín de las Quimeras.*—*Las horas que pasan.*—*Saudades.*—*In memoriam.*—*Bajo la aurora.*—*Torre de marfil.*—*Andalucía.*—*Los remansos del crepúsculo.*—*El espejo encantado.*—*Los pedantes de oro.*—*El balcón de Verona.*—*Palabras antiguas.*—*Jardines de plata.*—*Collares rojos.*—*El río de Isis.*—*Lámparas rotivas.*—*Campanas Pascuales.*—*El reloj de arena.*—*Los nocturnos del Generalife.*—*La cisterna.*—*La fuente de las Gacelas.*—*Baladas de cetrería y otros poemas.*

TEATRO

El Alcázar de las Perlas. (Tragedia árabe en cuatro actos.)

Doña María de Padilla. (Drama histórico en tres actos.)

El Rey Galaor. (Tragedia en tres actos, inspirada en un poema de Eugenio de Castro.)

Judith. (Tragedia bíblica en tres actos.)

Era El. (Poema en un acto.)

Abén Humeya. (Tragedia morisca en cuatro actos.)

El Halconero. (Poema trágico en tres actos.)

La Leona de Castilla. (Tragedia castellana en tres actos.)

La Maja de Goya. (Episodio dramático en tres actos.)

La Cenicienta. (Poema en un acto.)

En el Desierto. (Poema dramático en un acto.)

TRADUCCIONES

Salomé y otros poemas (de Eugenio de Castro.)

La Cena de los Cardenales. (Comedia en un acto, de Julio Dantas.)

Don Ramón de Capichuela. (Sainete en un acto, de Julio Dantas.)

Una partida de ajedrez. (Comedia en un acto, de Giuseppe Giacosa.)

El triunfo del amor. (Comedia en dos actos, de Giuseppe Giacosa.)

R. 70 113

580
FRANCISCO VILLAESPESA



BALADAS DE CETRERÍA Y OTROS POEMAS



MADRID
1916

1

ES PROPIEDAD

IMPRESA DE M. GARCÍA Y O. SAIZ
CALLE DE PAÑOS, NÚMERO 8, MADRID

PROLOGO

Como su corazón, la casa del Poeta siempre está abierta para todos. Es el tercer piso de una amplia casa del barrio de Argüelles, cerca de ese delicioso parque de la Moncloa, y desde cuyos balcones se domina un campo de *foot ball*, los recientes edificios de esa moderna y ancha barriada y gran parte de la ingente urbe madrileña que cierra el horizonte con su enorme silueta gris. En el interior, un recibimiento, una antesala con muebles modernos de irreprochable gusto; decorando las paredes una hermosa panoplia antigua, algunos relieves, reproducciones de obras clásicas y fotografías de escenas de *El Alcázar de las perlas*, *Doña María de Padilla*, *Aben-Humeya*. Sigue un despacho artístico: armarios atestados de libros, una magnífica mesa escritorio, donde, entre montones de cuartillas, llama la atención la figurilla simiesca de un Buda de plata, especie de dios penate, que el Poeta, supersticioso como buen andaluz, lleva á todas partes. En un ángulo de la estancia, triunfa como un canto de belleza la semidesnudez divina de la Venus de Milo; en otro, destila su amargura el ric-

tus doloroso de un busto del Dante. Sobre un armario, un retrato de Villaespesa en traje de moro, pintado por un joven y conocido artista; bustos, estatuillas, jarrones, bibelots, fotografías. En los muros, la Gioconda insinúa la flor de su sonrisa y cruza la peregrina gracia de sus manos liliales; aparece otro retrato, al pastel, del Poeta, y en rico marco arábigo de caoba, con incrustaciones de marfil y nácar, un precioso pergamino miniado, en que el Ayuntamiento de Granada declara hijo adoptivo y predilecto de la incomparable ciudad del Darro y del Genil al Poeta que tanto la ha exaltado, que tantos homenajes plenos le ha rendido en sus cantos.

Allí, en ese despacho, hay una otomana ancha y profunda como un lecho; en ella acostumbra á recostar su pereza morisca el poeta del sol. ¡Cuántas veces lo hemos contemplado así, aspirando con deleite el humo de un cigarrillo egipcio, que sostiene entre sus dedos enjorados, blancos y larguísimos, departiendo con sus íntimos ó leyendo, como él sólo sabe hacerlo, sus maravillosas estrofas! ¡Cuántas veces, en el discreto ambiente de la intimidad, el gran autor de *Judith* ha mostrado al que esto escribe lo inmenso de su alma luminosa, constelada de universos como el cielo; ha devanado las escenas siempre interesantes, aunque no siempre felices de su vida, y le ha hablado de sus anhelos, de sus proyectos, de todo lo que forma su porvenir grandioso, en el que se presiente el advenimiento de un magno sol de inmortalidad!

Francisco Villalpessa, cuyo espíritu inmenso se ha dado, y hasta podríamos decir se ha prodigado, á millones de espíritus que piensan y hablan en español, es un hombre joven, de treinta y cinco años, aun cuando con sus ojos negros y brillantes, su rostro cuidadosa y completamente rasurado, su mentón fino, demuestre muchos menos. Su fisonomía es soñadora y extremadamente simpática... pero ¿á qué vamos á describir su figura, si él mismo, con su pluma mágica, lo ha hecho ya en sus maravillosos sonetos?

El alma múltiple de este hombre inspirado no es sólo la distante y peregrina alma mora que en tiempos de Bobadil languideció de amor en los recamados y cantantes patios de la Alhambra, en los fabulosos jardines del Generalife: la que oró de hinojos en el recogimiento religioso y dorado de los mirahbs de Córdoba; la que, más tarde, floreció lírica y galante en labios de un trovero enamorado, en la Corte del Rey Don Pedro; la que, gemela de la de Zorrilla, surgió añorante de las cosas idas en el despertar glorioso del Romanticismo. Es la de un poeta inmenso, sencillo y complejo, sutil y penetrante, antiguo y moderno, de gran fuerza emotiva, que al mismo tiempo que evoca las épocas pasadas, haciendo desfilar ante la pupila extática de los hombres de hoy las alucinantes y romancescas visiones de los tiempos legendarios, siente, piensa y sufre, es decir, vive, con su época, traduciendo sus ansias, sus inquietudes, sus angustias, sus latidos, y presintiendo, con un

agudizado instinto profético, el gran enigma del futuro; todo esto, después de haber realizado una revolución honda y fecunda en el fondo del ideal estético y en la forma de la expresión poética. De ahí que su obra constituya una obra de síntesis, la más grande y brillante de la poesía española actual.

Seguir la evolución poética de Villaespesa en la vasta trayectoria que va desde *Intimidades* hasta *Judith* no es tarea para realizada en estas breves cuartillas impresionistas. Así nada diremos de su obra total, tan vasta y tan intensa, que ocupa y llena gran parte de la lírica castellana; de esa obra cautivante, emotiva y evocadora, en la que, como un renacimiento fabuloso, vuelven á surgir en forma plástica las maravillas de la civilización árabe; en la que, como un enorme caracol marino, duerme la gigantesca armonía del mar de la vida; en la que nuestra alma encuentra siempre la consolación que busca, como dicen que acontece á los penitentes con no sé qué libro de divina mística. ¡Oh poder mágico de la poesía: hacer sentir! ¡Oh galardón preciado: vivir en todas las almas! La obra de este poeta hace sentir intensamente y está en todas las almas. Por esto es que no queremos dar aquí nuestra propia impresión acerca de ella; en las obras de arte definitivas como las de este creador de belleza, huelga el intermedio; el observador debe atenerse á su propia impresión, no siendo lícito falsear con juicios personales el sentir de otro. Diremos solamente algo de la vida

del Poeta y de sus grandes proyectos; hablaremos de Villaespesa como hombre bueno, sencillo y generoso, y mostraremos una de las facetas, no por menos conocida menos admirable; su ferviente amor á todo lo de América.

La corta, pero interesante vida de Villaespesa, está iluminada por el mismo fulgor romántico que iluminó la juventud de ese otro gran poeta español, el más grande del siglo XIX. Nos referimos á D. José Zorrilla. En Laujar, bucólica villa andaluza que se aduerme en las márgenes del morisco Andarax, en la provincia de Almería, se alzó, blanca como una promesa, su cuna, cuyo cortinón curvaron, como una palpitante vela latina, las auras susurradoras y secundas de esa paradisiaca y maravillosa región. Como en él renacía intacta la distante fibra poética y soñadora de una raza afuada é inteligente, apenas la razón empezó á apuntar, como una lucecilla tenue, en su espíritu niño, ya comulgaba en el amor de las musas, cantando con la divina inconsciencia de las aves. Tan intensos son los fulgores del despertar de su espíritu infantil, que los padres del Poeta, temiendo que el continuo ejercicio mental perjudicara á la salud del niño, le encierran en un cuarto, sin papel ni lápiz, ni nada con que pudiera escribir. Pero el desbordante y precoz espíritu del rapaz no puede resignarse á la quietud: busca afanoso en torno de la pieza algo con que poder escribir, y nada; torna á buscar con más cuidado, cuando ¡oh felicidad!, hur-

gando en el pavimento, llega á descubrir un pedazo de carbón. Ya está todo resuelto: cuartillas serán las paredes de la pieza, péñola, el trozo de carbón. Pronto se llenan los enyesados muros de reugloncitos negros, cortos, vacilantes aún; pero en los cuales apunta ya la azul aurora de un día fúlgido; se esbozan los primeros trazos de un cuadro brillante; se marcan los primeros compases de una magna sinfonía. Ante ese hecho, los padres le dejan ya por imposible, y él, aprovechándose de la libertad concedida, se escapa un día de su casa y se planta en Madrid. Igual cosa hizo el gran Zorrilla, cuando no era sino Pepe Zorrilla, cuyos versos eran *polvo de aldeas*: dejó á sus padres en soledad triste de la triste Lerma, y él escapóse á la Corte. En la villa y corte empieza á escribir para el público, dando á la estampa su libro *Intimidades*. Publica tres ó cuatro libros más y después *La copa del Rey de Thule* (1900), libro en el que se define su personalidad, de manera rotunda y gallarda, señalando el principio del triunfo definitivo, que acendran y hacen más glorioso las discusiones y las protestas que al principio levanta en el anquilosado espíritu de los viejos, de los timoratos, á los cuales asustan las audacias plenas de belleza de este cantor insigne, que trae á la literatura hispana un vital aliento de renovación. En esa época de empeñada lucha, y de duro trabajo, algunos de los viejos poetas de entonces, D. Gaspar Núñez de Arce, D. Manuel Reina y D. Federico Balart, aplauden el

gesto rebeldes y brindan su amistad al poeta de las arrogancias; Salvador Rueda apadrina uno de los libros de Villalpessa. Sigue este insigne poeta recorriendo la inmensa órbita de su numen, y cuando ya hubo llegado al punto más culminante de su ciclo, alcanzando la plenitud lírica, va con su musa de la mano, á llamar á las puertas excelsas y diamantinas de la dramática, por las cuales penetra triunfalmente, tomando el puesto que le corresponde entre los más egregios creadores del teatro poético, que por algo es ya el autor de *El Alcázar de las perlas*, *Doña Marta de Padilla*, *Aben-Humeya*, *El Rey Gataor*, *La Leona de Castilla*, *El Halconero*, y, sobre todo de *Judith*, tragedia ésta, á la que sólo le falta la suprema unción del tiempo para tener en la dramaturgia universal el mismo valor de la *Athalía* raciniana.

¿Cómo trabaja?—Villalpessa es, por lo general, perezoso; tiene disuelta en la sangre la ancestral molición de la raza mora; pero, cuando en su cerebro bulle con el temblor de la gesta una obra de arte, un fuego interno le domina, le consume, ya no vive para las demás cosas del mundo, y afebrado, delirante, casi en estado cataléptico, trabaja sin parar, hasta concluirla, de un tirón; por esto es que sus creaciones resultan impecables, vívidas, plenas. Así ha sido forjada toda su obra, esa obra magnífica y vasta, que alcanza la plenitud lírica en *Lámparas votivas* y *La Cisterna* y bordea los más profundos abismos de lo

trágico en *Judith*. Mas, su labor consumada, con ser tan bella y copiosa, no lo será tanto como la que vendrá después. En preparación tiene *La Maja de Goya*, drama intenso, en el que cobra la suprema vida luminosa de arte un episodio interesante de la existencia del genial autor de los *Caprichos*. Y en el silencio de la gestación se agitan: un drama que completará la trilogía morisca empezada con *El Alcázar* y seguida con *Aben-Humeya*; dos que seguirán la trilogía judía iniciada con *Judith*; y tres obras que constituirán la trilogía americana, siendo el primero *Hernán Cortés*—la conquista—; el otro, la colonia, un drama en los tiempos de la dominación española en América, que revivirá esa época tan evocadora y pintoresca y que tendrá por escenario la legendaria Lima de los Virreyes, la rica y fastuosa *México* ó acaso nuestra vieja y querida ciudad de Quito; y el último, *Bolívar*, la Independencia, el portentoso héroe epónimo, cuya figura inconmensurable aun aguarda en el tiempo que los cincelos de los artistas latinos labren el pedestal que la elevará por cima de los Andes. Villaspesa, que es un entusiasta de América, siente por el Libertador una admiración fervorosa; admiración que, unida á su genio poético y á su gran talento dramático, forjará indudablemente una obra digna del héroe glorificado y del poeta glorificador.

Según los proyectos del dramaturgo, *Bolívar* se estrenará en Caracas y se representará en Bogotá,

Panamá, Quito, Lima y La Paz, por una Compañía de verso que formará Villaespesa, y al frente de la cual figurará él como Director artístico. Para la cumplida realización de estos proyectos, estudia con todo amor y con toda asiduidad la Historia americana; y cuando vaya al Nuevo Mundo llevará obras sinceras y bellas, y si da conferencias, no serán aquéllas de paga y de pega que han ido á dar en América tantas celebridades de aquí: la Verdad, la Belleza y la efusión vibrarán en los labios siempre inspirados del gran poeta de la raza. Hará, pues, por la confraternidad hispanoamericana más, muchísimo más que tantos señorones que toman el ideal latino como pretexto para halagar sus vanidades ó satisfacer su afán de lucro. Hoy mismo Villaespesa hace por esa confraternidad lo que muy pocos: estudia con afán las cosas de América, sigue con interés su vida, proyecta la publicación de una revista, que se llamará *Cervantes* y que agitará como una bandera, sobre todos los pueblos de lengua castellana; y sostiene relaciones amistosas y constantes con todos los americanos que viven aquí. Si queréis dar con algún americano que buscáis en la Capital de España, hay un medio facilísimo: ir á la casa de Villaespesa.

Al terminar de leer á Villaespesa estas cuartillas, el cantor inimitable de la raza, se vuelve hacia nosotros efusivo y cordial y nos encarga un saludo para la juventud literaria del Ecuador. Al recibir el mensaje del poeta insigne, para transmitirlo á sus compa-

heros, el cronista, lleno de profunda emoción, cree que sueña, que no hay diversas nacionalidades, que no hay inmensas distancias, que las vastas tierras donde se habla el maravilloso idioma del Manco Divino no son sino una y grande patria; y que Villaespesa, nada menos que Villaespesa, es el que nos alienta y nos impulsa.

CÉSAR E. ARROYO

Madrid, 1916.

BALADAS DE CETRERÍA

I

¡La cabalgada!... ¡La cabalgada!...
Entre una nube
de polvo que hasta los cielos sube,
por lo más agrio de la quebrada,

mientras la trompa ronca y sonora
con sus agudos clamores hiende
la cristalina paz de la aurora,
la cabalgada veloz desciende!...

Veloz descendiendo la cabalgada
por lo más agrio de la quebrada,
buscando el valle fértil y umbrío
donde aún la sombra nocturna humea...

El verde valle donde azulea
como una cinta de plata, el río,
que, entre alamedas y entre sauzales,
va desgranando las musicales
sonoridades de sus querellas!...

Suena, en el fondo de sus cristales,
un argentino temblor de estrellas!

II

Mueren los astros; brotan las flores...
Con el estruendo de sus clamores
la trompa, el claro silencio atruena...
Las brisas tienen sabor á mieles...

Bajo la mano que los refrena
piafa el orgullo de los corceles...
De los corceles que, resoplando,
la crin revuelta, trémula el anca,
sonoramente van galopando,
bañado el belfo de espuma blanca,

mientras las damas y los galanes,
ahogando el grito de sus afanes,
— gorras plumadas, nevadas tocas —,
hablan de cosas improvisadas...
¡Y lo que acaso callan las bocas
se van diciendo con las miradas!..

III

Sonoramente va galopando
sobre el orgullo de sus bridones...

Los gerifaltes y los halcones
sobre los puños aleteando,
entre el estruendo de los herrajes,
y entre el ladrido de los lebreles
que encadenados llevan los pajes,
vibran al aire sus cascabeles,

mientras sus ojos siguen el vuelo
de alguna alondra que desde el cielo,
en la incoherencia de sus cantares,
alegremente rompe y desgrana
las claras perlas de sus collares
sobre el silencio de la mañana!

IV

Por las laderas y las vertientes,
desengarzando vivos diamantes,
gárrulas, roncadas y resonantes
ruedan las ondas de los torrentes
en las cascadas espumeantes!...

Y á su salvaje rumor bravio
que de frescura los aires baña,
cruzan espumas de escalofrío
los espinazos de la montaña!

Saltando arroyos, vallas y setos
en donde abren á la alborada
sus blancas flores los majuletos,
por las vertientes, á la hondonada,
veloz descende la cabalgada!

Y á su galope raudo y sonoro
crujen las jaras y los carrascos,
y los guijarros, bajo los cascos,
relampaguean chispas de oro!

Tienen las brisas calor de nido;
y, amarillento, tras una loma,
el sol naciente, curioso asoma
su ojo de ciclope medio dormido!

V

El Halconero divaga errante
como una sombra, por los jardines...
Tiene la albura de su semblante
las palideces de los jazmines...

De esos jazmines que á la azulosa
y plateada luz de la Luna,
van deshojando su nieve en una
callada y lenta muerte olorosa!

Y siempre inquietas, siempre intranquilas,
como encantadas en sus quimeras,
las negras sombras de sus pupilas,
entre un morado cerco de ojeras,

hablan de ocultos y hondos martirios,
temblando como dos golondrinas
que se desangran entre los lirios
de los zarzales llenos de espinas!...

Los gerifaltes y los azores
en las alcándoras sueñan, en vano,
que encaperuce su blanca mano
sus calvas testas de emperadores!

Hermosas damas, de amor cautivas,
en balde esperan que en los jardines
nocturnos, giman sus bandolines
bajo el encaje de las ojivas!

Y cuando vaga por el bosque,
viendo la angustia que se retrata
en sus pupilas, murmura un paje
en el oído de una azafata,

mientras su sombra pasa y se interna
por la espesura: — ¡Pobre halconero!...
Se ha enamorado de algún lucero
que vió en el fondo de una cisterna! —

Y él, silencioso, sin hacer caso
de cortesanas murmuraciones,
á los jardines dirige el paso
cuando repican las oraciones.

Y en lo más hondo del bosque umbroso,
en la penumbra fragante y quieta
de los cipreses de la glorieta,
sobre un antiguo banco musgoso,

donde no llegan ecos humanos,
mientras la Luna los cielos dora,
con la cabeza sobre las manos,
calladamente suspira y llora!

Y al escucharle, los surtidores
rompen las gemas de sus querellas,
y se deshojan de amor las flores
bajo la planta de las estrellas!

VI

¡Pobre halconero!... ¿Qué le ha pasado?
¡De cuanto ha sido ya nada queda!..
Parece un muerto resucitado
vagando solo por la arboleda!...

¿Qué ocultas penas velan crueles,
los ojos, cuyas ardientes llamas
fueron desvelos de tantas damas,
al par que envidia de los donceles?...

¿Verdad que nadie jamás creyera
mirar sufriendo tantos afanes,
al halconero, que aun ayer era
el más alegre de los galanes?...

A sus halcones cuidar sabía,
y de cuidarlos hacia gala,
según las reglas de cetrería
que escribió Pero López de Ayala!

Un regio guante fué su trofeo
en una justa... Nadie le gana
á romper lanzas en el torneo,
ni á la morisca ni á la cristiana!

Ni en las veladas de juglería,
cantando trovas hay quien le venza,
ya trove al modo de la Provenza,
ó á la manera de Andalucía!...

¡Por la arrogancia que hay en su porte;
por lo ingenioso, por lo esforzado,
no hubo en las fiestas de nuestra corte,
un halconero más celebrado!...

Nuestro Rey mismo, según usanza
caballeresca que hay en Castilla,
del Santo Apóstol en la capilla,
puso en tus manos su propia lanza!

Y hasta la Reina, nuestra señora,
calzó á tus plantas, rubio halconero,
con sus rosadas manos de Aurora
la espuela de oro del caballero!...

Y mientras ella te la calzaba,
y con los ojos te sonreía,
¿por qué tu rostro palidecía
y tu melena de horror temblaba?...

Callaron todos, y desplomado
al pie del ara santa caiste...
¡Y desde entonces, audaz, cuitado,
mudo, ojeroso, pálido y triste!

VII

Por la alegría fresca y sonora
de las agrestes sendas tranquilas
que se despiertan bajo la Aurora,
tiembla la plata de las esquilas.

Las vacas mugen, y los corderos
entre los setos floridos balan,
y un dulce aroma de miel exhalan
los tomillares y los romeros...

Cantan arroyos entre las peñas;
hierven espumas en los barrancos;
y el azul manchan los vuelos blancos
de las palomas y las cigüeñas!

Y allá, en el fondo de la cañada,
bajo las ramas, entre el estruendo
de roncás trompas, se va perdiendo
deshecha en polvo, la cabalgada!...

VIII

En el retiro más apartado
de la floresta, donde el ramaje
con la silvestre hiedra ha formado
como una gruta de verde encaje,

¿quién es la dama, pálido niño,
que desgarrados los áureos lazos
y los corchetes de su corpiño,
medio desnuda tiembla en tus brazos;

y balbuciente y estremecida,
entre su boca de rosa y nieve,
á flor de labios, toda tu vida
en un inmenso beso se bebe?...

IX

Entre sonrisas y entre canciones,
por lo más agrio de la quebrada,
torna al castillo la cabalgada
al largo trote de los bridones,

mientras arriba, sobre el esmalte
del cielo claro como un cristal,
sangra en las garras de un gerifalte
una orgullosa garza real!...



LA CARTUJA INTERIOR

I

Yo no sé qué dolor, gota á gota,
la llovizna en la tarde lloraba...
La campana, doliente y remota,
á lo lejos doblaba, doblaba,

resonando, al caer, cada nota
como un golpe de azada que cava.
lentamente, una tumba remota,
tan inmensa que nunca se acaba!...

¡Oh, recuerdo profuso y pesado
de un amor al nacer malogrado,
que cubierto de polvo se arrumba

en mi carne, insepulto y podrido,
¿cuándo habrá de acabar el olvido
en el fondo del alma tu tumba?...

II

Era un grito no más!... Era un grito
lo que al golpe del hacha surgía
de aquel árbol, sin hojas, marchito,
que una á una sus ramas perdía!...

Un vapor de su herida ascendía,
como el humo sangriento de un rítol...
Sobre el campo el Otoño llovía
yo no sé qué dolor infinito!...

Mientras sientes los golpes del hacha
desangrando mi cuerpo, y la racha
otoñal de tus hojas se adueña,

¿qué esperanza te alienta, alma mía?
¡Soy un árbol marchito que sueña
con poder florecer todavía!...

III

Negra nube la tarde embaraza...
Bajo el viento el ramaje se humilla,
y el zíg-zag de un relámpago brilla
á lo lejos como una amenaza.

— ¡Alali! — ruge el cuerno de caza,
azuzando á la hambrienta trailla,
que á su presa, en la selva amarilla,
en un ronco ulular despedaza!...

La tormenta fatídica zumba;
el clamor de la trompa retumba,
bajo el trueno, más ronco y más fuerte. .

¡Y allá lejos, veloz atraviesa,
persiguiendo en las sombras su presa,
la jauría espectral de la Muerte!

IV

El claro estruendo de las campanas,
bajo la lluvia se vuelve á oír...
A los umbrales y á las ventanas
gentes con luces se ven salir.

Rumor de rezos, toses lejanas.
Un perro, á veces, se oye gañir
no sé qué antiguas penas humanas...
¿Quién esta noche se irá á morir?

Por la ruinosa calleja pasa
entre repiques de campanillas,
piadosamente la Extremaunción...

¡Señor, detente, y entra en mi casa,
que en cruz las manos y de rodillas,
te está esperando mi corazón!

V

— ¡Duerme! ¡Duerme! — decirnos parece
esa vieja y remota campana
que á la paz de la noche aldeana
con su voz de cristal estremece...

En el cielo y la tierra florece
la piadosa leyenda cristiana...
¡Bajo el Angel del Bien, toda humana
y divina inquietud se adormece!

Todo duerme... Tan sólo, alma mía,
tú, constante, vigilas tu empeño,
imposible, de noche y de día,

sin dormir, sin hablar, siempre alerta!...
¡Si pudieras dormir ese sueño
del que nadie jamás se despierta!...

VI

Las cancelas están herrumbrosas,
y en las húmedas sendas del huerto,
deshojadas y tristes, han muerto
en un llanto de nieve las rosas.

Brota fúnebre hierba en las losas.
El salón está triste y desierto,
y un espejo, en las sombras, ha abierto
sus moradas pupilas vidriosas!...

¿Quién dejó sobre el pecho cruzadas
esas manos tan finas y heladas
donde sangra entre nieve un rubí?...

¿Quién cerró sus pupilas sin brillo?
— ¡Con su traje de seda amarillo
Dama Otoño pasó por aquí!

PERLAS ROTAS



PERFUME MUERTO

Mustia ofrenda del pasado,
entre unas cartas de amor
que los años han borrado,
como cosa sin valor,

guardo hace tiempo enterrado
el cadáver de una flor...
¿Qué mano la habrá cortado?
le pregunto á mi dolor.

¡Ay, tan sólo sé que exhala
de sus pétalos de cera
un vago y lejano olor,

tan suave como un ala,
cual si una lágrima fuera
el perfume de esa flor!

EL ULTIMO SUEÑO

¡Dame un cabezal, olvido,
donde reclinar mis sienes,
y olvidar todos los bienes
y las glorias que he perdido!

Yo tuve un carmen florido,
y en él fueron mis rehenes
las manos cuyos desdenes
para siempre me han herido!

El oro tiré á placer,
y hoy tengo que mendigar
á mis mendigos de ayer...

Tan sólo, Señor, te pido
que no vuelva á despertar
de los brazos del olvido!

RESPONSO

Para ser mía, alegría,
mucho entre mis manos duras,
porque todas mis venturas
han sido flores de un día!

¡No hay cementerio, alma mía,
que tenga más sepulturas!...
De llorar mis desventuras
está ciega mi Poesía!

Tú sola me das tus cuidados;
y tus dedos luminosos
entre tantas sombras son

ángeles de luz vestidos
que andan curando leprosos
dentro de mi corazón!

VISIONES DE MELANCOLIA

ATARICION

Toda de blanco y de fulgor vestida,
como Dante á Beatriz, vuelvo á mirarte
surgir, á los conjuros de mi Arte,
para alumbrar las sombras de mi vida.

Por las rachas de Otoño estremecida
parece que el dolor va á deshojarte
y la sonrisa que tus labios parte
sangra luz y piedad, como una herida.

Tiembla en la brisa un doble lastimero;
la tarde apaga sus carbones rojos:
y algo muy triste en mis oídos vierte:

— ¡Da, triste corazón, tu adiós postrero
al Amor que agoniza en esos ojos
que va á cerrar la mano de la Muerte!

ARENALES

¡Tres palmeras y un pozo!... Las arenas
interminables del desierto; el fuego
del sol; la asfixia torturante, y luego
la lucha de los cuervos con las hienas

por devorar nuestros despojos!... Llenas
las ánforas están... Con el apego
triste y humilde de un camello ciego
voy siguiendo tu aroma de azucenas...

¿Dónde se detendrá la caravana?...
¡Tres palmeras y un pozo, y la mañana
abriendo sus pupilas celestiales!...

¿Dónde te pudres, ilusión perdida?...
¡Deshecho el espejismo de la vida
todo para mi sed son arenales!

EL ALBA EN EL JARDIN

Mañana azul... Aljofaradas rosas
que perfuman mis manos de frescura,
evocando, á mi ardiente calentura,
soñadas desnudeces lujuriosas...

Magnolias, cuyas formas armoniosas
son cual senos morenos, que á la impura
sed de mis labios brindan la dulzura
de sus mórbidas pomas olorosas!...

Los jazmines son dientes apretados
que parecen rasgar frágiles tules;
t emblan los sauces como cabelleras!...

Y son los lirios tristes y morados,
dos pupilas románticas y azules
que un desvelo de amor cubrió de ojeras!

JUNTO A LA VENTANA

El surtidor en el silencio llora,
gota á gota, su angustia. La tristeza
reclina, entre mis manos, la cabeza,
y algo perdido para siempre ahora!

La Luna, vierte su blancura. Implora
la noche, olvido y paz. El alma reza...
—¿Sobre qué lecho su ideal pureza
habrá rasgado su ilusión de aurora?—

Un perfume de lágrimas se aspira;
el surtidor parece que suspira;
pasa un soplo de brisa, y hay un leve

revolar de hojarasca en los jardines...
—Jazminero de plata, ensueño y nieve,
¿quién habrá deshojado tus jazmines?

LA VID

Baco te trajo á Grecia en su cuadriga
de tigres, y del Pindo sobre el monte,
tu fruta de amatistas fué la amiga
más constante del viejo Anacreonte.

Tendieron en los rústicos senderos
tus pámpanos doseles lujuriantes,
sobre idilios de niñas y boyeros
y lascivias de faunos y bacantes!

Te traje de la India un dios pagano,
y otro Dios, más humilde y más humano,
en la postrera cena te bendijo,

cuando pensando en sus futuras penas
escanci6 el vino y á los suyos dijo:
—¡Bebed!... Esta es la sangre de mis venas!

PAISAJE DE LLUVIA

Sobre la parda tierra castellana
que á la llovizna su aridez entrega,
sin la gloria del sol, es una ciega
y harapienta mendiga la mañana.

Pasa el fragor del tren... Por la ventana
en trazos de carbón, el gris despliega
su tristeza infinita, y nos anega
una ardiente nostalgia de oro y grana!

Llora su turbia angustia en los cristales
la lluvia, y los verduscos matorrales
que alegran las vertientes del camino,

tienen el tono obscuro y nubarrado
de un difuso paisaje de esfumino
entrevisto á través de un vidrio ahumado!

EL COLLAR PERDIDO

I

¿Adonde iremos, adonde,
corazón entristecido,
que nuestros pasos no ronde
el vampiro del olvido?

Mas ¿será posible que,
corazón, la ardiente fe
por tu entusiasmo encendida,
que como Dios mundos crea,
polvo haya sido en la vida
y polvo en la muerte sea?

No quedará de tu amor
cuando ya tu carne vieja
se agusane de dolor,
ni ese perfume que deja
después de morir, la flor?

¡Corazón, corazón mío,
el fuego en que me consumo,
tanto anhelo y tanto brio,
¿han de ser tan sólo humo
perdiéndose en el vacío?

II

Anoche cantó en las frondas
el ruiseñor... Tú le oíste,
sueltas las guedejas blondas
y el rostro pálido y triste...

Nadie nos oye, alma mía!...
También hoy en mi poesía,
entre versos escondido,
canta la voz de mi amor,
como un dulce ruiseñor
velando junto á su nido!



III

El jardín está dormido...
Bajo los ramos espesos
su gran corazón florido
¿soñará con nuestros besos?

El lago yace encantado...
Bajo la Luna, al abrigo
del sauce desconsolado,
¿acaso sueña contigo?

Jardin, lago... A la luz vais
perdiendo vuestros reflejos,
y estáis tan lejos, tan lejos,
que ya ni sé dónde estáis!...



I V

En mis primaveras
te abriste cual una
rosa hecha de Luna...
Mas, ¡ay! como eras

tan frágil, ¡oh, flor,
tu nivea blancura,
en mi noche oscura
deshojó el Amor!

De ti sólo queda
un desvanecido
perfume de seda,
de ensueño y de olvido...

V

Collados amenos
de vagos aromas
donde las palomas
se arrullan: tus senos!...

¡Para la causada
cabeza del triste,
no existió ni existe
mejor almohada!

Olvido de agravios;
áureo panal en donde
su dulzura esconde
el amor: tus labios!...

Para el alma ardiente
que el amor sofoca,
no existe más fuente
que la de tu boca!...

VI

Fuente clara
á la vuelta de un sendero,
hecha para
saciar la sed del viajero...

Tal tú fuiste
para mí!...
¿Qué nostalgia muda y triste
en tu corriente bebí,
que en vano olvidarte quiero,
fuente clara, clara fuente,

que á la vuelta de un sendero,
apagaste mi sed ardiente?...
Era pleno mediodía...

¡Por los solitarios cauces,
qué clara el agua corría
bajo el verdor de los sauces!...

VII

Desconfía

del gesto amable y risueño

de un alma como la mía,

envenenada de ensueño

y podrida de poesía!

LAMENTACIONES
DE UN ARABE GRANADINO

I

Pastor, ¿por qué cobarde, teniendo el brazo armado,
huyes á las montañas y á los lobos les dejas
el redil y el rebaño que Dios te ha confiado?
¿Cuando el amo te pida cuenta de las ovejas

que fueron el orgullo de su rica cabaña,
qué le dirás, perjuro, que abandonas las vegas,
y las llaves de oro del encanto de España
á manos enemigas, armado y vivo entregas?

Desde un monte sus torres miras, deshecho en llanto,
y no ciegas de rabia, ni enmudeces de espanto...
Y en tanto que un recuerdo exista de Granada,

sus hijos desterrados maldecirán tu nombre...
Llora como una débil mujer avergonzada
ya que no la supiste defender como un hombre!

II

Señor: ¿Por qué olvidaste á tu más fiel caudillo?...
Violaron á tus puras vírgenes agareñas,
y á los niños de pecho pasaron á cuchillo,
y tus guerreros gimen arrastrando cadenas!...

Con sus ferrados cascos, los corceles cristianos,
rompieron los mosaicos de tus santas Mezquitas...
Nuestros ricos alcázares saquearon sus manos!...
Todo lo han profanado con sus plantas malditas!...

Señor: ¿Por qué dejaste tu pueblo abandonado?...
El estandarte verde del Islam han quemado
en medio de tus plazas... Granada, triste llora...

Parece que en morir de amargura se ufana,
no oyendo en tus mezquitas al muezzín que te implora,
sino el bárbaro y ronco clamor de la campana!

III

Perdona los pecados de tu Ciudad, recreo
de la pupila humana, pues prodigaste en ella
todos cuantos deleites soñar puede el deseo,
y bien pudo llamarse entre las bellas, bella!

Ten piedad del profundo dolor de su quebranto,
y de su valerosa estirpe desterrada,
que hoy vaga en el desierto, bañando con su llanto
las llaves de sus ricas mansiones de Granada!

Ya bastante ha sufrido, Señor, no la abandones!
Que vuelvan en sus torres á ondear tus pendones;
y en sus fragantes cármenes broten nardos y dalias!...

Y vuelvan los creyentes y nobles nazaritas,
tras gloriosos combates, á dejar sus sandalias
á las doradas puertas de tus santas mezquitas!

IV

Señor, ¿porqué á tus hijos dejastes abandonados?...

¿Qué se hizo de tu fiero rebaño de leones?

Al pie de sus corceles yacen, atravesados
por lanzas enemigas los bravos corazones!

El vencedor tus santas mezquitas no respeta! ..

Nuestros antiguos siervos trocaronse en señores;

y cautivas las hijas más nobles del Profeta
ensillan los corceles de tus perseguidores!..

La ciudad de tus ojos, ha sido profanada!
De pena van hundiéndose las torres de Granada...
Se desploman sus techos para no ser testigos

de la crueldad de aquellos que en tus casas imperan,
y las fuentes se secan como si no quisieran
saciar la impetuosa sed de tus enemigos!

MOSAICOS



POR LA RAZA

En ocho heroicos siglos de guerra se ha forjado
tu espíritu indomable, ¡oh raza de metal!,
de oro y acero como ese damasquinado
que prodiga en sus forjas Toledo, la Imperial!...

De oro y de sangre como tu pendón gualdo y grana!...
Las dos razas más fuertes formaron tu blasón!...
Tu estirpe es luz y gloria, pues la loba romana
amamantó en sus ubres tu arábigo león!

Fanática y heroica, después de cruenta guerra,
pusiste tu cruz sobre el globo de la tierra,
dejando en todas partes tus inmortales rastros;

y hundiendo tus corceles en el remoto mar,
con la espada desnuda señalaste los astros,
como diciendo al cielo: —¿Hay más que conquistar?

PAISAJE URBANO

De la tarde que muere en la sierra vecina
la luz es un agónico y leve parpadeo...
Entre nubes de polvo, dejan en el paseo
los roncós automóviles un olor á bencina.

Tornan lentas familias de los parques cercanos;
la niña tras el aro, el chico tras la bola...
Dos novios se despiden y se aprietan las manos
bajo el trémulo círculo de luz de una farola!

Un vendedor ambula pregonando papeles...
Pasa la trepidante campana del tranvía;
y ejércitos de sombra asaltan los jardines.

mientras en la penumbra de los altos cuarteles
fusilan á los tráfugas resplandores del día
con cerradas y agudas descargas de clarines!

EL ÁLMIREZ

¡Oh, Álmirez de alba frente y de perfil sereno,
señor de mis montañas! Tienes nombre de Rey,
y se hicieron tus vértices para que al son del trueno
diera Dios á los hombres las Tablas de la Ley!

A veces me pareces el casco de un guerrero
que se levanta para poder atalayar
si pasa — leve nube — la sombra un velero
por la azul y lejana superficie del mar!

Y cuando se proyecta tu sombra sobre el llano,
bajo la Luna, finges la forma inmaculada
del Arcángel que al cielo conduce de la mano

— derramando en el aire la luz de sus vestidos —
las almas de los miseros que sorprendió la helada
y entre escarchas y nieves quedaron ateridos!

PRÓLOGO A UN LIBRO ANDALUZ

A tus vagos ensueños darán, lectora,
perfumes de claveles y de rosales
estos dulces poemas sentimentales
donde un alma sus muertos anhelos llora.

Cada verso es un labio que un beso añora;
y en sus ritmos dolientes y musicales,
la abeja del Recuerdo, labra panales
con las viejas ternuras que en sí atesora!

Es un libro sincero, un libro de esos
dónde como registro las almas dejan
una tenue y piadosa cinta de besos...

Trátale con cariño... Cada poesía
es un lago sereno donde se espejan
el alma y los paisajes de Andalucía!



LA BUENA COSECHA

I

Fué buena la cosecha
que me dieron las horas de este día...
Se desbordan los trajes... ¡Satisfecha
puedes dormir tranquila, ánima mía!...

Hoy cincelé un soneto
como un escudo, para ornar el peto
de un rubio y joven paje
que partió, con la luz de la alborada,
á llevar un mensaje
de lágrimas y besos á mi amada!

Y en pago he recibido
—que así pagan su deuda las hermosas—
un áspid escondido
entre guirnaldas de fragantes rosas,
que traicionero el corazón me ha herido!...

En comunión con la Naturaleza
he bendecido á Dios, con santo anhelo,
en ese templo de inmortal belleza
que no tiene más límites que el cielo!...

Mas al besar el suelo,
un hambriento alacrán que se encontraba
en el césped reseco agazapado,
clavó en mi boca, que á su Dios loaba,
su rápido aguijón emponzoñado!

Fué buena la cosecha
que recogí en las horas de este día...
Se desbordan los trajes... ¡Satisfecha
puedes dormir tranquila, ánima mía!

II

Como ese viento de la Primavera
— dulzor de mieles y calor de nidos —
que estremece y despierta los dormidos
verdores de la mustia sementera,

así al tibio recuerdo de tu aliento
— mieles de beso en copa de ambrosía —
en el Invierno de la carne mía
abrirse y florecer de pronto siento

todas las rosas del amor humano...

Y de nuevo, febril y temblorosa,
en gestos de lascivo desenfreno,

se tiende inquieta á tu jardín mi mano,
soñando con cortar la viva rosa
que brota en las colinas de tu seno!...

III

¡Oh, soledad suprema
de lo inconsciente; soledad que quema
y devora en silencio!... Entre tus brasas
arde mi corazón, y ardiendo aroma:
mirra en un incensario... ¿Por qué pasas
sobre mi ardiente soledad, paloma
que vienes del Recuerdo? Tu plumaje
húmedo de diamantes de rocío,
me evoca la frescura de un paisaje
en el espejo de cristal de un río!...

IV

¡Oh, nuestro amor! ¡Quién dijera
que tan pronto se extinguiera!...

Fué nuestra amante ilusión,
por los labios al pasar,
como una alegre canción
que muere sin terminar...

¿A cantarlo volveremos?...
¿Dónde lo terminaremos?...

No sé, pero ten presente,
que por más que dulcemente
la cantes, por más poesía
que le puedas infiltrar,
nunca la podrás cantar
cual la cantaste aquel día!

V

De las bronceas fauces
de un león, fluye el agua,
de la marmórea fuente
sobre la concha blanca.

Un rosal se deshoja
sobre la fuente... Canta
un ruiseñor; y el canto,
y el perfume, y el agua,

todo flota en el oro
de la tarde... Mi alma
es un perfume leve,
es una hoja blanca
de rosa, que temblando
desciende sobre el agua!...

VI

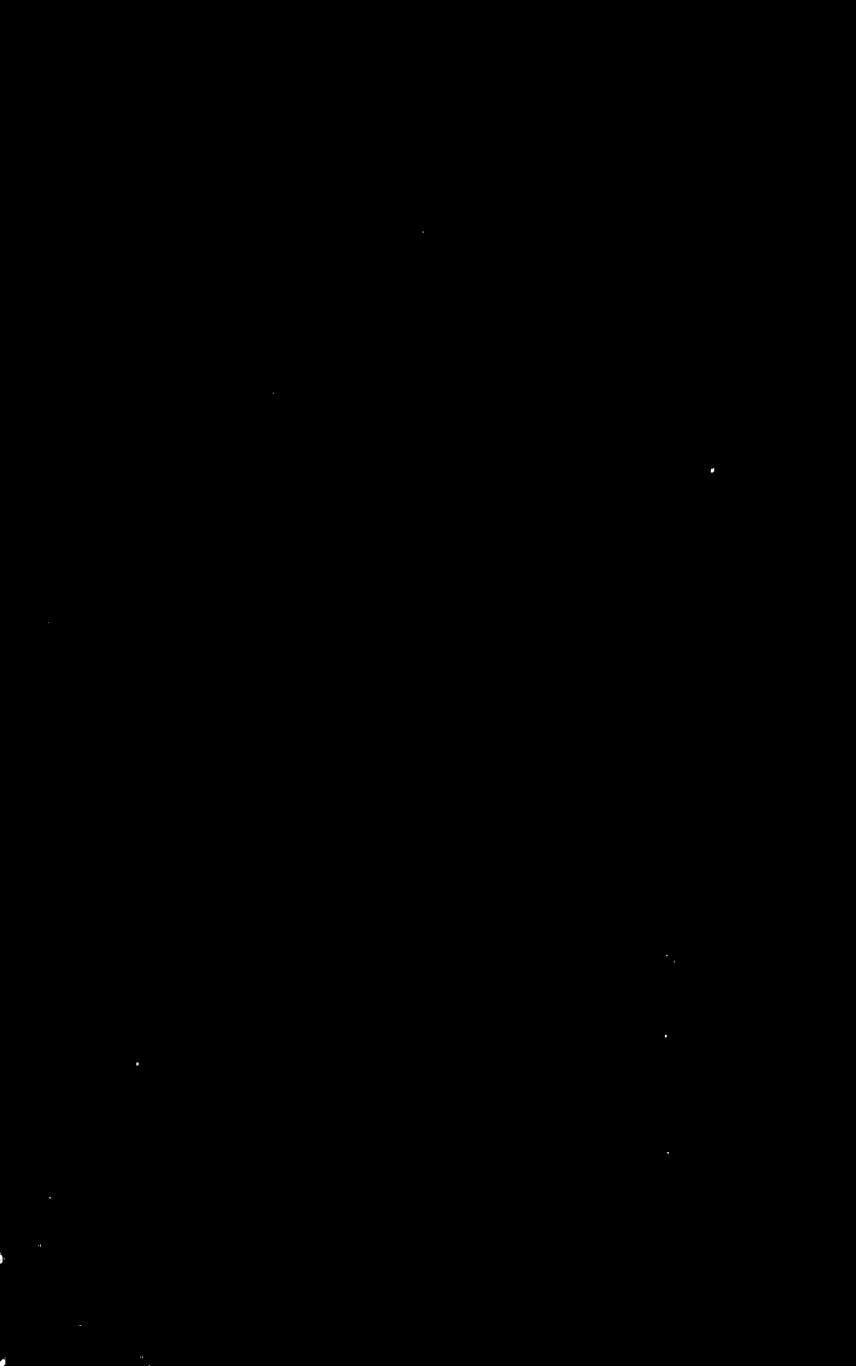
Pienso en ti como en una princesa asesinada
que mataron los celos porque no fuese mía,
sin que estrechar pudieses mi mano en tu agonía,
ni darme un largo y último adiós con la mirada.

En un vago crepúsculo de dolor y de olvido
alguien, amortiguando los pasos en la alfombra,
hasta mis soledades llegó como una sombra,
á verter, gota á gota, su ponzoña en mi oído.

Y marchóse de súbito, cortés y sonriente,
comentando mi pena con silbos de serpiente...
Y yo quedé en las sombras, mesándome el cabello...

Me vi trágico y pálido... Y sentí la alegría
de ir lento entre mis manos estrangulando un cuello,
para vengar la muerte de la esperanza mía!

DE LAS VIEJAS VENDIMIAS



I

Hay en vuestras miradas tal consuelo
que nadie ha de extrañar, al contemplaros,
que aquel que pudo hacer ojos tan claros
fuera también capaz de hacer el cielo.

A cantar vuestro pelo me revelo,
pues hay en él tantos prodigios raros,
que dudan mis pupilas, al miraros,
si él es el sol ó el sol es vuestro pelo!

Y aquel que advierte vuestro talle, duda
si sois flexible como la palmera
ó ella es flexible como vos, señora.

Y nunca sabe quien os ve desnuda
si la luz que en el cielo reverbera
surge de vuestro cuerpo ó de la Aurora!

II

Esperanza falaz que á mi viniste
y con vanas promesas me engañaste;
mis más puros ensueños te llevaste
en cambio de las penas que me diste!

Dame un consuelo, si consuelo existe
para curar el mal que me causaste...
¿Pero puede existir algo que baste
á consolar un corazón tan triste?...

Para siempre de mí, parte ligera!...
Aunque tu compasión me devolviera
todo cuanto la vida me ha robado,

no sé si agradecértelo podría,
pues estoy de tal modo transformado
que quizá me apenase la alegría!

II

Ni diligente, amigo, ni rehacio,
nada rehuyo pero á nada acoso...
Con un poco de amor y de reposo,
me da igual una choza que un palacio!

Camino, ni de prisa ni despacio,
buscando siempre un término armonioso,
y vivo, ni envidiado ni envidioso,
la áurea mediocridad que cantó Horacio!

El polvo de ambiciones lancé al viento!

El alcázar más firme se derrumba...

Y la gloria ¿qué es, sino unas manos

que arrojan, cual mendrugo á perro hambriento,

un gajo de laurel sobre la tumba

donde somos festín de los gusanos?

IV

Mientras paguéis mi afecto con enojos
y con rudos desdenes mis amores,
no esperéis que terminen mis dolores,
ni ver libres de lágrimas mis ojos.

Siempre el desprecio en vuestros labios rojos,
y el suspiro en mis labios tembladores...
Lo que en mi, para vos, son siempre flores,
en vos son, para mí, tan sólo abrojos!

Si al cabo fuérais lo que aparentáis
feliz muriendo con mi suerte fuera...

Pero temo, señora, que seais

igual que esas volcánicas montañas,
que muestran nieves y frialdad por fuera
y guardan fuego eterno en sus entrañas!

V

Dime que sufra más... Si tú lo ordenas,
todo castigo me parece justo,
que hasta á mis penas voy tomando gusto,
porque tú eres la causa de mis penas!

Di á qué nuevo suplicio me condenas,
y si con ello á tu piedad no asusto,
yo, con mis propias manos, sin disgusto,
agobiaré mi cuerpo de cadenas!

Dime que muera, y para complacerte,
yo mismo, ante tus pies, me daré muerte,
pues para mí son goces tus rigores...

Y si verme sufrir aún más ansias,
los más fieros y bárbaros dolores
serán, si tú los quieres, alegrías!

PENTISELEA

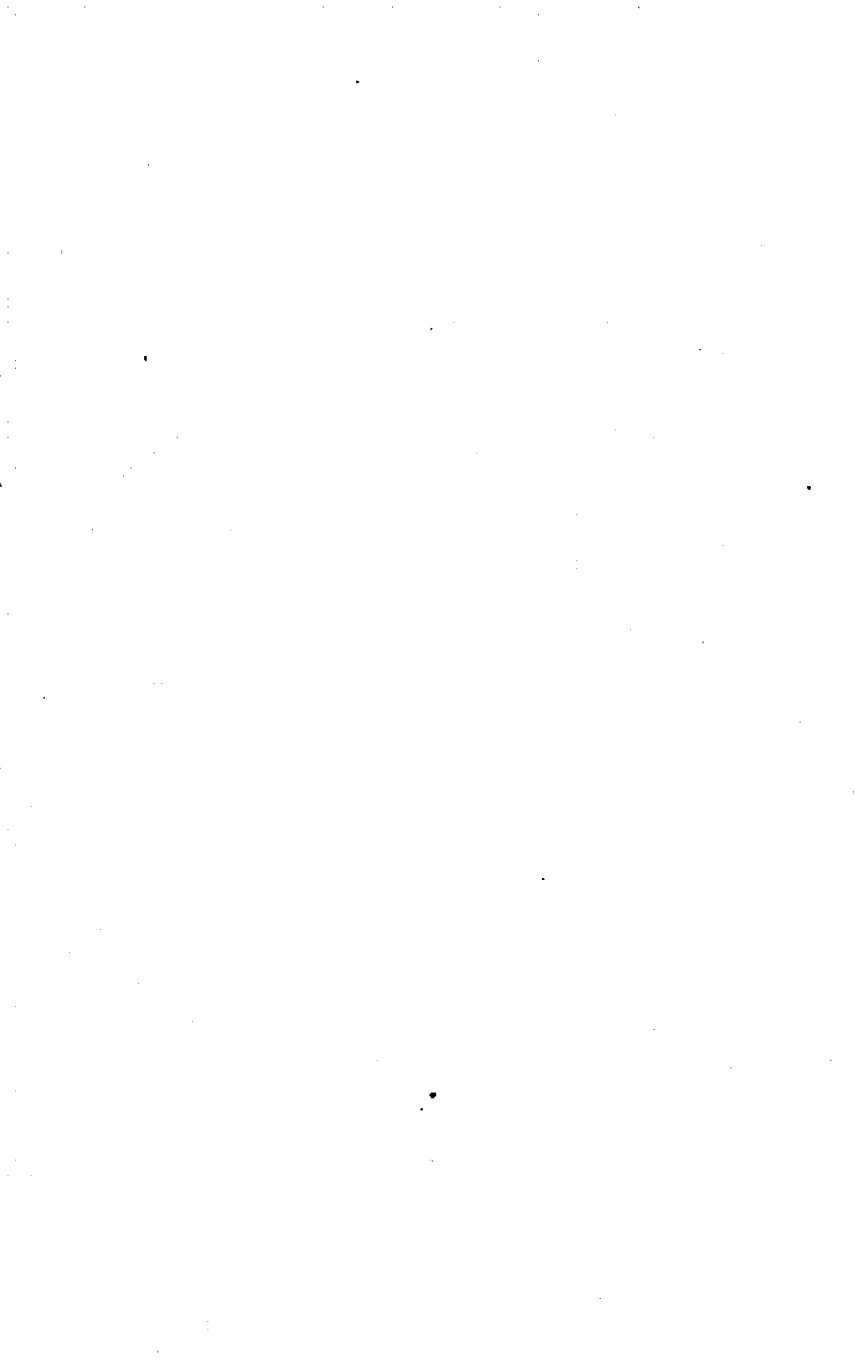
Como la reina de las Amazonas,
noble de gestos y actitudes, vienes
en fogoso corcel... Tus blancas sienes
con verdes ramas de laurel coronas...

Y haces que se detenga, dilatada
la nariz en un lúbrico olfateo,
el bárbaro corcel de mi deseo,
con la recta amenaza de tu espada!...

¡Siempre indomable, Amor, hasta que ciega
el alma, entre el clamor de la refriega,
te arranque del arzón, y sobre el mío

te retuerzas convulsa y agitada,
deshaciendo el helor de tu desvio
bajo el glorioso sol de mi mirada!...

CLAVELES ROJOS



A ANTONIO AREVALO

Tu canción, poeta, tiene el ritmo de esas
coplas que perfuman de melancolía
las maravillosas calles cordobesas,
en las claras noches de mi Andalucía.

Un llanto sincero su pena ennoblece,
y oyéndola, bajo la luz de la Luna,
la novia morena de amor palidece
en la florecida ventana moruna!

Todo cuanto sientes, tu guitarra expresa,
tus amargas cuitas transformando en mieles...
¡Para mantilla de esa cordobesa

que alegra y perfuma de amor tu camino,
te ofrezco este rojo ramo de claveles
que corté en un viejo carmen granadino!

I

¡Por esas sonrisas que son cual cuchillos
que su filo esconden entre los rosales
de tus labios rojos como los corales
en que se desangran tus áureos zarcillos;

por esas miradas que son cual puñales
que entre las tinieblas ocultan sus brillos,
me veré en la Audiencia, cargado de grillos,
sentado al banquillo de los criminales!

Si á prisión me mandan, pediré á mis jueces
que mi cuerpo encierren en las lobrequeces
de tus grandes ojos, y si es ley que muera,

por morir esclavo de tu amante yugo,
—¡Ahórcame— en el palo, le diré al verdugo —
con los negros rizos de su cabellera!

II

Ante un crucifijo postrado de hinojos,
mientras las saetas aullaban su canto,
enlutada y pálida, te vieron mis ojos
rezar tus plegarias, en el Jueves Santo.

Sangraba la herida de tus labios rojos;
y sobre tu seno, cruzadas de espanto,
tus manos de nieve eran cual manojos
de místicos lirios bañados en llanto!

Abrazada al leño, triste y lacrimosa,
á Jesús besabas, allí donde abría
la llaga de un clavo su sangrienta rosa...

¡Porque tus piadosos labios me besaran
con la unción que á Cristo, no me importaría
que en su propio leño me crucificaran!

III

Cuando entre tus labios su dolor destila
el escalofrío de una carcelera,
yo no sé qué pena baña tu pupila,
yo no sé qué angustia te estremece fiera,

que todo tu cuerpo retiembla y vacila,
como si de pronto sucumbir quisiera
de dolor, envuelto en la Primavera
de tu luminoso mantón de Manila!

Yo, oyendo la copla y viendo tu cara,
oculto en las manos la cabeza para
ahogar en mis labios mi propio sollozo...

¡Ay, porque presienten mis negros desvelos
que en tu amor pensando, morderé de celos
las oscuras rejas de mi calabozo!

IV

Tiende el plenilunio sobre el jazminero
que en la clara alberca su blancor retrata,
como una lujosa capa de torero
de raso celeste bordada de plata.

Tu guitarra rasga el silencio... Un fiero
resplandor de odio tus ojos dilata,
y hay en tus sonrisas como un fino acero
que entre rosas brilla y entre rosas mata!

Igual que una esclava sumisa y sonora
que siempre realiza tus locos anhelos,
la guitarra ríe, canta, gime y llora;

y siguiendo el ritmo de tus sueños vanos
se rompe de angustias y estalla de celos...
¡Mi alma es como una guitarra en tus manos!

V

Cuando á los repiques de las castañuelas,
ingrávida y ágil á bailar te lanzas,
diríase que esculpes y en tu ser modelas
todos los lascivos giros de las danzas.

Ya entornas los ojos y te aterciopelas;
ya agitas las trenzas y pálida avanzas...
De tus castidades tiemblan las gacelas,
y rugen los tigres de mis esperanzas!

Aunque entre damascos tu cuerpo aprisiones
y aunque en su pureza tenga tus facciones
de una estatua antigua la celeste calma,

tan profundo y lúbrico furor te estremece.
tal ansia te enerespa, que al danzar, parece
que danzas desnuda de cuerpo y de alma!

VI

Entre las macetas de albahaca asomas
la viva y ardiente flor de tus sonrisas,
y como embriagadas por tantos aromas
temblando en sus labios se duermen las brisas.

Cantando entredientes el espejo tomas
y tu tenebrosa cabellera alisas,
mientras arrullándose, dos blancas palomas
arrastran sus alas sobre las cornisas.

Entre los encajes con que te recamas
se va deshojando una rosa roja,
poco á poco, en lentas lágrimas de llamas...

Y á mis ansias digo, de amargura lleno:
— ¡Oh, quién fuera esa flor que se deshoja,
para desangrarme de amor en su seno!

VII

Dí, ¿recuerdas cuando tan juntos vagamos
que de nuestros cuerpos uno solo hicimos,
y en el mismo lecho juntos nos dormimos
y en la misma copa nuestra sed saciamos?

Vivimos unidos como dos racimos
que enredados cuelgan de los mismos ramos...
A fuerza de besos juntos maduramos,
y en las mismas penas vendimiados fuimos!

Juntas se secaron tu ropa y la mía...
Y hoy, si nos hallamos en la misma vía,
sin que nuestras ropas siquiera se rocen,

pasamos de largo, sin decirnos nada,
sin una sonrisa, sin una mirada,
como dos extraños que no se conocen!

VIII

En el rojo fondo del mantón de seda
que en sus llamaradas envuelve el tesoro
de ese cuerpo donde mi ilusión se enreda
y cuyas piedades sollozante imploro,

arde y se consume toda una arboleda
de irisados pájaros y rosas de oro...
Atada á sus flecos mi vida se queda,
y en cada uno de ellos mis tristezas lloro!

¡Ay, que me amortajen cuando yo sucumba
con tu luminoso mantón de la China,
porque así á lo menos llevaré á la tumba,

para recordarte en mi eterna pena,
ese olor á albahaca, nardo y clavellina
que al danzar exhala tu carne morena!

EL POEMA DEL MAL AMOR

I

EN LA SIESTA

La jaula del canario limpia Flora,
Sara sobre un sofá yace tendida,
dejando ver su carne pecadora
á través de la bata descosida.

Conchita peina á Elena. La señora,
con su mano enjoyada y presumida
acaricia á una gran gata de Angora
en su falda de raso adormecida.

Cose Amelia, á la luz de la ventana.
Los compases de un tango marca Juana
que Luz sobre la mesa golpetea,

mientras, llevando un cubo, la Felisa,
desgreñado el cabello y en camisa,
por el largo pasillo chaucelea.

EN LA ALCOBA

Un lecho y un lavabo; cuatro sillas...
El quinqué de petróleo se consume,
y atufa el aire un híbrido perfume
de opopónax, jabones y colillas.

Tú te vas desnudando, no por vicio,
sino con esa indiferencia muda
de la que sabe que quedar desnuda
á los ojos de todos es su oficio.

Yo, acallando mis ansias sensuales,
pienso — puesta la sien sobre la mano —
con cierto dejo de melancolía,

en esas planchas de los hospitales
donde el alumno sobre el cuerpo humano
practica su lección de Anatomía!...

III

A M E L I A

A pesar de su risa y su alegría,
de su bondad y de su eterno agrado,
tienen sus ojos la melancolía
de un temeroso pájaro enjaulado.

Es la cigarra loca del encierro.
Como una niña canta, ríe y juega,
con esa dócil sumisión del perro
que va á lamer la mano que le pega.

Al beso y al placer su labio incita.
Mas al quedarse sola, sollozante
se agita de dolor desesperada...

¿Qué habrá sido de aquella viejecita
que dejó, al escaparse con su amante,
en su lecho de enferma abandonada?...

SARA

Sara es viciosa. Su pupila obscura
de incitantes promesas es voraz.
Bebe como un tudesco, y fuma y jura
con el cabellero argot de un marinero.

- Su placer es violento. Besa, muerde
y grita, y al final de la batalla,
muere su voz y hasta la vista pierde
y en nerviosos ataques se desmaya.

¡Oh, jilguero embriagado de alegría,
nadie te vió llorar!... Tan sólo un día
furtivo llanto se asomó á tus ojos

y tu mirada se perdió en el cielo,
viendo dos hilos de tu sangre rojos
temblando en la blancura de un pañuelo!...

V

SIN NOMBRE

Se llama Flora, Margarita, Elena...
La verdad no la sabe ningún hombre,
que al entrar al burdel, casi sin pena,
quiso en sus puertas olvidar su nombre.

Entre las otras se destaca fino
su perfil melancólico—oro y nieve...
No fuma nunca, y raras veces bebe,
porque dice que tiene muy mal vino.

Pero hay momentos en que ríe loca,
mientras el llanto tiembla en sus pestañas,
y entonces una copa no rehusa...

Un recuerdo asfixiante la sofoca..
¿Qué será de la flor de sus entrañas
arrojada en el torno de la Inclusa?...

VI

ORGANILLO

Al sacrificio del amor me apremia
tu charla: obscenidad y picardía,
mezcla de lupanar y de bohemia,
con su sal y pimienta de poesía.

Siguiendo el ritmo de tu cigarrillo,
lanzas á media voz esas canciones
que rasga por la tarde el organillo
bajo el pequeño abril de tus balcones!

De súbito te calas mi sombrero,
y el impudor de un tango callejero
en tu lasciva ondulación revelas...

¡Cómo tiemblan tus senos y tus flancos
á los compases de las castañuelas!...
Y ¡qué negros tus ojos... y qué blancos!

VII

• SOBRE LAS TECLAS

— ¡Déjame! — suspiraste protestando
de mis locos y lúbricos derroches,
y de tus ojos en las negras noches
dos lágrimas de amor miré temblando...

¡Qué bella estabas de pudor llorando!...
Y mi mano, sin miedo á tus reproches,
rasgando cintas y rompiendo broches,
prosiguió tus tesoros buceando!

Y con mis dedos, ágiles y diestros,
en estos juegos del amor maestros,
por la impaciencia del placer guiados,

mientras palideciste estremecida
conmoví tus más íntimos teclados
con la canción más dulce de la vida!

VIII

LOS DIENTES DEL SATIRO

Bajo el ardor de los estivos oros
del cenit, por las mieses amarillas
bramaba, persiguiendo á las novillas,
la encelada lujuria de los toros.

Dormida estaba en el frescor del heno,
bajo la sombra de pomposa parra,
cuando para cantar, una cigarra
buscó un refugio en su desnudo seno.

Por la túnica abierta se veía
la carne palpitár... Mi sangre ardía...
Un sátiro zumbón, la roja furia

de su semblante erótico asomaba
entre el ramaje, y fijo te miraba
rechinando los dientes de lujuria!

IX

CADENAS DE HIEDRAS

Mi mano experta desfloró el encanto
de tus virginidades de novicia,
y en la nocturna soledad propicia
tu voz era un sollozo ahogado en llanto.

Por fin, mis labios suplicaron tanto
que te entregaste... Un beso... Una caricia...
Y avergonzada de nuestra impudicia,
la sombra de la noche se hizo manto!

Se poseyeron en un centelleo
fugitivo de luz nuestras miradas,
y nuestros brazos fueron en la furia

desbordante de savias del deseo,
dos hiedras confundidas y enlazadas
al árbol inmortal de la Lujuria!

X

LA FUENTE ETERNA

La sabia mano á cuyo tacto ardiente
vibra la carne como un instrumento,
prolongó la agonía del momento
en una languidez intermitente...

¡Oh, el cálido contacto de tu fuente!
¡Oh, tu dorso desnudo y opulento
echado sobre mí, como un sediento
sobre la superficie de una fuente!

Mis besos perfumaron el vacío
de un húmedo y mortal escalofrío...
Y bajo tu melena estremecida

en un áureo manojo de serpientes,
sentí sangrar y sucumbir mi vida,
entre el canibalismo de tus dientes!

XI

EL MONSTRUO

Con tu oscura mirada desafías!...
Su luz quema los huesos, muerde y besa,
y se nutre como una vampiresa
con la sangre de nuestras agonías!...

Inquisición de amor!... Y tus sombrías
pupilas, en su fondo, tienen esa
perversidad senil que flota impresa
en los espejos de las mancebías!...

En su cristal á mi deseo ofreces
— multiplicados en la estimulante
hibridez de sus formas y sus trazos —

todas las convulsivas desnudeces
de ese monstruo carnal y jadeante
de cuatro piernas y de cuatro brazos!

FIN



INDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	7
Baladas de Cetrería:	
I.—;La cabalgada!... ;La cabalgada!.....	19
II.—Mueren los astros; brotan las flores.....	21
III.—Sonoramente va galopando.....	23
IV.—Por las laderas y las vertientes.....	25
V.—El Halconero divaga errante.....	27
VI.—;Pobre halconero!... ¿Qué le ha pasado?..	31
VII.—Por la alegría fresca y sonora.....	35
VIII.—En el retiro más apartado.....	57
IX.—Entre sonrisas y entre canciones.....	39
La cartuja interior:	
I.—Yo no sé qué dolor, gota á gota.. ..	43
II.—Era un grito no más!... Era un grito.....	45
III.—Negra nube la tarde embaraza.....	47
IV.—El claro estruendo de las campanas.....	49
V.—;Duerme! ;Duerme! — decirnos parece.....	51
VI.—Las cancelas están derrumbosas.....	53

Páginas

Perlas rotas:

Perfume muerto.....	57
El último sueño.....	59
Responso.....	61

Visiones de melancolía:

Aparición.....	65
Arenales.....	67
El alba en el jardín.....	69
Junto á la ventana.....	71
La vid.....	73
Paisaje de lluvia.....	75

El collar perdido:

I.—¿Adonde iremos, adonde.....	79
II.—Anoche cantó en las frondas.....	81
III.—El jardín está dormido.....	83
IV.—En mis primaveras.....	85
V.—Collados amenos.....	87
VI.—Fuente clara.....	89
VII.—Desconfía.....	91

Lamentaciones de un árabe granadino:

I.—Pastor, ¿por qué cobarde, teniendo el brazo armado.....	95
II.—Señor: ¿Por qué olvidaste á tu más fiel caudillo?.....	97
III.—Perdona los pecados de tu Ciudad, recreo.....	99
IV.—Señor, ¿por qué á tus hijos dejastes abandonados?.....	101

Mosaicos:

Por la raza.....	105
Paisaje urbano.....	107

	Páginas
El Álmirez.....	109
Prólogo á un libro andaluz.....	111
La buena cosecha:	
I.—Fué buena la cosecha.....	115
II.—Como ese viento de la Primavera.....	117
III.—¡Oh, soledad suprema.....	119
IV.—¡Oh, nuestro amor! ¡Quién dijera.....	121
V.—De las bronceas fauces.....	123
VI.—Pienso en ti como en una princesa asesinada.....	125
De las viejas vendimias:	
I.—Hay en vuestras miradas tal conuelo.....	129
II.—Esperanza talaz que á mi vinistes.....	131
III.—Ni diligente, amigo, ni rehacio.....	133
IV.—Mientras paguéis mi afecto con enojos.....	135
V.—Dime que sufra más... Si tú lo ordenas.....	137
Pentisilea.....	139
Claveles rojos:	
A Antonio Arévalo.....	143
I.—¡Por esas sonrisas que son cual cuchillos.....	145
II.—Ante un crucifijo postrado de hinojos.....	147
III.—Cuando entre tus labios su dolor destila..	149
VI.—Tiende el prenilunio sobre el jazminero..	151
V.—Cuando á los repiques de las castañuelas..	153
VI.—Entre las macetas de albahaca asomas...	155
VII.—Di, greenerdas cuando tan juntos vagamos	157
VIII.—En el rojo fondo del mantón de seda.....	159
El poema del mal amor:	
I.—En la siesta.....	163
II.—En la alcoba.....	165

	Páginas
III.—Amelia.....	167
VI.—Sara.....	169
V.—Sin nombre.....	171
VI.—Organillo.....	173
VII.—Sobre las teclas.....	175
VIII.—Los dientes del sátiro.....	177
IX.—Cadenas de hiedras.....	179
X.—La fuente eterna.....	181
XI.—El monstruo.....	183
Índice.....	185

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
EL DÍA XXIV DE SEPTIEMBRE
DE MCMXVI

7.000 / 10000
10000

- AN
- ALM
- LEA
- PA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Poesías

<i>Panales de Oro</i> (poesías).....	3,50
<i>Palabras antiguas</i> (poesías).....	3,50
<i>Jardines de Plata</i> (poesías).....	3,50
<i>El espejo encantado</i> (poesías).....	3,50
<i>Las garras de la Pantera</i> (novela).....	3,50
<i>Breviario del Amor</i>	3,00
<i>Julio Herrera</i> (poesías).....	2,00
<i>El Rey Galaor</i> (tragedia en tres actos).....	3,50
<i>Era El</i> (poema en un acto).....	2,50
<i>El Velo de Isis</i> (poesías).....	3,50
<i>La tela de Penélope</i>	3,00
<i>Aben Humeya</i> (tragedia morisca).....	4,00
<i>La Cena de los Cardenales</i> (comedia).....	1,50
<i>El Reloj de arena</i> (poesías).....	
<i>La Leona de Castilla</i> (drama).....	
<i>Campanas Pascuales</i> (poesías).....	
<i>La Cisterna</i> (poesías).....	
<i>La fuente de las gacelas</i> (poesías).....	